

EN sus famosos «Cuadernos de la Pobleta» y «De Pedralbes», escritos en las postrimerías de la Guerra Civil, Manuel Azaña, presidente

de una República que se va resquebrajando en pedazos, se sabe prisionero de lujo de unos gobiernos que le utilizan como elemento puramente decorativo, sin dejarle meter baza en cosa alguna, sin seguir sus consejos harlo más clarividentes que los de sus ministros, ni influir, plantear o terciar en nada. Él sabe perdida la guerra y clama con patética amargura y crueles desdenes contra la mediocridad que le rodea. Pero, en cierto modo, la desairada situación de impotencia en que se encuentra su persona, y la pavorosa anarquía que mina la República que quiso y no supo defender justifican en este periodo sus cóleras, rabotadas y villpendios. En cambio, en los «Cuadernos Robados», que acaban de darse a conocer con este título (y cuya sustracción y peregrinas circunstancias que la rodearon expliqué en un anterior envío), no se dan tales premisas. Don Manuel era presidente del Gobierno y ministro de la Guerra. Él había sido designado por el presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora y —como jefe del Gobierno, que entonces se llamaba del Consejo—, fue él quien nombró como ministros a sus hombres de mayor confianza. Estaba en el momento más dulce de su carrera. ¡Pues hay que ver como trata y maltrata, premia y desprea a los «hunos» y a los «hotros», como en ocasión memorable escribió Unamuno!

He aquí una pequeña, mínima, selección de textos y epítetos que he ido espigando. De don Niceto, el hombre a quien debe su cargo, escribe aquí o acullá: «Su voz de trompeta retumba en la bóveda»: «Don Niceto es parlanchín y anecdótico pero no es hombre de conversación, no se puede hablar con él de nada interesante». «Don Niceto, que habla por los codos, no tiene conversación». «El presidente padecía uno de sus frecuentes ataques de locuacidad. Habló por los codos y en ello gastó casi todo el tiempo, que fue perderlo». «El presidente, muy emocionado, y con muchos trémulos en la voz, nos ha deparado un largo discurso. Estaba hecho un escorpión».

De su ministro de Obras Públicas, Indalecio Prieto, y uno de los políticos más leales que siempre tuvo, dice: «La violencia de su carácter es tal que tiene aterrorizados a sus funcionarios». «Prieto, con su vehemencia y falta de medida lo empeoró». «Cuando Prieto se lanza, ya no oye, ni ve, ni entiende, se congestiona, se hincha, algo se estrangula en su organismo, y no hay manera de llamarlo a la prudencia. Se descompone de tal modo, que temo verle caer muerto un día cualquiera». «Como siempre que está desanimado toma un acento plebeyo como el de una criada que se conduce ante el sanguinoso cartel de un crimen de feria». Y tiene Azaña el mal gusto —mal gusto y cruel— de anotar los discursos de su subordinado, que era taquígrafo de profesión, cuando quería ponerse fino y educado, y parecer culto, para ponerle en solfa, ridiculizarle y publicar después la humillante mofa.

De su ministro de Educación, Fernando de los Ríos, que se debía pensar que era el más culto de sus colaboradores, comenta:

Se pone «pesado, movido de su pasión partidista y de su falta de tacto político». «Me abstengo de decirle que su tono profesoral, su expresión pedante y rebuscada y su terquedad fanática le hacen a veces muy cargante». Como Casares «es infinitamente más listo que Fernando, lo apabulla. Fernando tiene una política teórica al servicio de pasiones de militante». «Por cierto que ayer, cuando ya nos

AZAÑA Y SUS DESDENES

Por Torcuato LUCA DE TENA

despedíamos, Fernando me dijo aparte ¿Ha visto usted la cursilada de estos grabados? ¿Cómo grabados?, respondí. ¡Si es una colección de Tieppolos!». «A cada descubrimiento personal que hace Fernando diríase que el mundo ha estado en tinieblas hasta ese momento. Y la verdad es que su ingenuidad pedante y su falta de mundo le han valido a Fernando chascos terribles».

Y es lícito preguntarse si su ministro de Educación era ingenuo, pedante, fanático, cargante, pesado, teórico y pasional, y no sabía distinguir unos grabados cursis de una fantástica colección de tieppolos ¿por qué le nombró para ese cargo o por qué no le destituyó al conocer su incompetencia?

Sobre Marcelino Domingo, su ministro de Agricultura, vuelve la carga de sus menosprecios: «Lo más inasequible del mundo es pedirle a Domingo precisión y detalle de ninguna cosa. Hasta el castellano que habla se compone de expresiones vagas, generales e inapropiadas». «¿Su desconocimiento de las cosas del campo es total?». (Perdón: las admiraciones son mías.) «Pero por qué, si era tan inepto en cuestiones del agro le nombró el señor Azaña «su» ministro de Agricultura? «Tales son algunos de los colaboradores que tengo», comenta en otro lugar. «Rodeado de imbéciles, gobierne usted esta casa, señor ministro, si puede» —se dice a sí mismo.

Empero, si estas cosas son las que dice de sus más allegados, ¿de qué calibre serán las que apunte contra sus disparejos? Veamos algunos de estos proyectiles:

De Ortega (Eduardo, hermano del filósofo): «¿Cuánta suficiencia y falta de perspicacia!». «Es muy torpe, muy terco». «Rivalizaron en desvergüenza varios señores. La palma de la brutalidad se la llevó Eduardo Ortega, y la de la inmundicia política, Guerra del Río, lugar-teniente de Lerroux.» «Eduardo Ortega es decididamente muy bruto. Le cuentan cosas cuya importancia él no sabe discernir, ni se toma el trabajo de comprobarlas, ni tiene capacidad para urdir con ellas una argumentación. Es de una pesadéz plúmbea, y todo se reduce a voces y aspavientos y a agitar la melena».

De Lerroux (don Alejandro, jefe del Partido Liberal y futuro sucesor de Azaña en la presidencia del Consejo): «Uno se pregunta si Lerroux es un bruto, un loco o un malvado». «Ya se entera la gente de que no tiene ideas ni dotes de gobernante». «Véase lo que es el odio y el fondo de ordinariéz que hay en Lerroux». «El predominio de Lerroux en el Gobierno de la República sería el de la inmundicia y la vacuidad». «Lerroux, contra lo que cree el vulgo, es débil». «Mala intención pero poco talento y menos habilidad. Muy viejo juego. Y tesis absurdas, inadmisibles».

De Maura (Miguel), ministro de la Gobernación y compañero de gabinete de Azaña cuando la quema de los conventos: «La actitud de Maura fue enérgica: se agitó, gritó, se golpeó los muslos, se puso en jarras, se cruzó de brazos, hizo mil aspavientos, respiraba como un fuelle de fragua, exhalando cólera: lo de siempre». «Como no tiene más que osadía y arrebatos y no le circula por la cabeza ni la sombra de una idea». «A mi discurso contestó con

payasadas». «Después habló el loquinaro de Maura». «Ha estado aquí más de una hora. Hablando con su voz cálida y llena y su facilidad y volubilidad habituales, que me marean. Toma caprichosamente un punto de partida y desde él se lanza haciendo piruetas sin cuidarse mucho de encadenar las razones».

En fin y para concluir estas perlas. De una conferencia de Unamuno dice que fue «lastimosa, una estupidez o una mala acción»; de «el idiota» de Burgos Mazo que «en la cabeza no tiene sino serrín o ideas tradicionales»; que el general republicano, «Mangada está loco, es vegetariano, esperantista y espiritista». Y que «pertenece al tipo de militar no conformista por desequilibrio mental». De Busquets que «es bruto, toco y hombre de presa»; de Royo Villanova, cuando hablaba que «seguía barbarizando»; de Rafael Salazar Alonso, ministro de la Gobernación meses más tarde con don Alejandro Lerroux, y que fue uno de los sacrificados en la Cárcel Modelo: «El necio de Salazar Alonso». «Recuerdo los ojos con que me miraba y su rizada



Torcuato Luca de Tena
de la Real Academia
Española

cabellera de peluquero»; de Poza (el famoso general republicano que en la guerra fracasó en la toma de Zaragoza a los nacionales): «El bobo de Poza padece artilleritis crónica. Desde que me enfadé con él, no ha vuelto a resollar»; de Osorio y Gallardo: Es «uno de los políticos de colmillo retorcido y [de] la gente criada en la mezquindad»; de Balbontín: «El afectado furor de este idiota»; de don Melquides Álvarez, jefe del Partido Reformista al que perteneció Azaña, y otro de los fusilados en la Cárcel Modelo sin que su antiguo correligionario moviese un dedo para salvarle, dice que es «lastimoso»; del gran escritor don Salvador Madariaga: «Sigo teniendo motivos para creer en su ligereza»; de don Santiago Alba: «Intrigante, mal intencionado y rencoroso». «Cada vez que habla es un frasquito de veneno que se derrama».

De Burguete (general del Ejército, presidente de la Cruz Roja): «Los médicos no querían, pero yo insistí para que ese fantasmón me dejase en paz y tuviese donde hacer el pavo. Me ha entregado el discurso que pronunció al tomar posesión: es obra de locos». «Es difícil gobernar España donde el número de personas inteligentes es muy reducido»; de Ayuso (diputado radical): «Ayuso y otros de su jaez... no saben qué decir, no saben argumentar, ni piensan, ni apenas hablan. No se ha visto más notable encarnación de la necesidad...». «Ahitos de pedantería y de sindéresis».

El amor de Azaña por el desaire, su afición al desdén, su invencible inclinación al ultraje hacen pensar en una frustración íntima y secreta de quien teniendo una cultura tan vasta y siendo tan formidable orador como escritor, no alcanzó en su vida profesional otro grado académico que la licenciatura en leyes, ni otro cargo que el de funcionario de segunda en el Registro de Últimas Voluntades del Ministerio de Justicia, ni se le conoció amor alguno en su juventud, ni contrajo matrimonio hasta la cincuentena con la hermana de su único amigo íntimo, treinta años más joven que él, y con la que no tuvo hijos. Algo hay muy sutil y escondido en su culto a la befa, en su devoción al escarnio, merecedor de un diagnóstico psicopatológico especialmente delicado y lúcido. Algo hay, algo hay...